



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 12 DE FEBRERO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Los riesgos de la edad

PARA NUEVA YORK

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Tengo doce años, pero en las noticias dicen que tengo la mente de un genio adulto. Hoy viene un galerista desde Nueva York, a visitarnos. Quiere que mi mamá firme unos papeles. Mi papá está furioso. "Van a pagar lo que el inservible de tu padre no puede pagarte", me dice ella. Se refiere a la universidad, no solo a las telas y a los acrílicos. Lo que tengo que hacer es completar doce cuadros en un año. Grandes, de metro y medio por metro y medio, o mayores. Los van a montar en una galería de Nueva York y luego los llevarán a una feria de arte en Miami. Tal vez se vendan por mucho dinero. Ellos hablan de treinta mil dólares por cada uno. Mi mamá y yo nos quedaremos con la mitad del dinero. La última vez que hablé por teléfono con mi papá, me gritó: "No firmes nada. maldito monstruo friki". Me quedé temblando y esperé a que se calmara. Él mismo quiere hablar con estos señores, pero ellos no quieren ir a visitarlo a la penitenciaría.

Dicen que con la firma de mi mamá basta; don Arturo la ha estado asesorando. Él es abogado y nos cobró con un pequeño cuadro que pinté con cariño. Se trata de su perro Manchas caminando por la calle. Don Arturo dice que, dado que la custodia sobre mí la tiene mi mamá, mi papá no requiere dar su consentimiento para el contrato con la galería. Yo extraño a mi papá, de cualquier manera. Pero robó dinero creando cuentas bancarias con tarjetas de crédito a nombre de otra gente, sin el consentimiento de esas personas. A veces pienso si una de ellas no sería don Augusto, o quizás doña Luisa, porque desde que vino la policía a llevarse a mi papá, los hijos de ellos han dejado de juntarse conmigo. Mi mamá me ruega que ya no los busque, pero a mí me caen bien y a veces voy a tocar a sus casas, aunque nadie abre.

Raúl, mi compañero de salón, dejó de molestarme desde que se llevaron a mi papá. Solía patearme cuando jugábamos fútbol en la escuela. Ahora parece como si me tuviera miedo. No se acerca. Yo, de cualquier manera, en el recreo prefiero ir al salón de educación artística a tocar el violín. Me gusta más pensar en notas musicales que sentir la mirada de mis compañeros que chismosean cuando paso junto a ellos. Creo que de grande voy a ser abogado y vigilaré los derechos humanos de los niños.

Los señores de Nueva York han llegado. Traen un traductor para hablar con nosotros. También viene un equipo de tres personas a realizar un video promocional para la galería. Quieren filmarme pintando, aunque yo preferiría que me



grabaran tocando el violín. Me gustan las piezas del método Suzuki más que los Estudios de Kreutzer. Dicen que, en estos momentos, lo más importante es la pintura. Nos enviaron una hoja con la lista de tomas que realizarían y de los materiales que se necesitan: Un bastidor casi completo instalado sobre el caballete, los botes de pintura, pinceles, todo eso y claro, el cuarto de pintar. Además, me tomarán sentado en la sala, diciendo algunas frases. Las enviaron en español y así las diré. Pero en el video aparecerán subtítulos porque gente de todo el mundo me verá. Además, nos han avisado que la señorita Harris me entrevistará. Serán preguntas sorpresa. Solo espero que no me interroguen sobre mi papá. No quiero explicarles por qué está en la cárcel y lo mal que yo me siento por ello.

Mi papá llamó en la mañana. Quería hablar con mi mamá, pero ella no quiso tomar la llamada. Me hizo prometerle que le diría a ella todo lo que me dijo él. Que la va a demandar, que la va a mandar a la cárcel por explotarme, que tiene derecho al maldito dinero de Nueva York... Yo solo me quedo callado. Me tiemblan las piernas. No le digo nada a mi mamá porque ella se pone a gritarme como loca y los vecinos escuchan cuando ella dice que la estoy traicionando, que no quiere saber nada de delincuentes, que está haciendo todo por mí, eso que el criminal de mi padre no ha podido hacer como tutor. Y yo prefiero ir al sótano y ponerme a pintar figuras que parece que se desvanecen cuando uno se les queda mirando. Personajes grotescos que no son más que mis papás peleando y que la galería dice que valen mucho dinero, y

que son la razón por la que han venido. Y yo quiero que se las lleven porque hay mala vibra en esos cuadros.

LA TRISTEZA NO MATA...

OLGA DE LEÓN G.

¿Por qué no se mueve, mamita? Siempre que venimos a ver a mi abuelito, está sentado en esa mecedora, en el sillón o en la cama, y en cualquiera que esté, no se mueve... parece que está muerto.

No digas eso hijito. Lo que sucede es que lo invade la tristeza... hay que hablarle, platicarle cosas, lo que sea... y aunque parezca que no te escucha, tú síguete platicando... Cuéntale de tu escuela, de tus amiguitos, dile que lo quieres mucho y acércatele y dale un abrazo y un beso en las manos, o en la frente, donde tú quieras. Desde que tu abuelita se murió, él se ha vuelto muy callado, como si ya nada le importara... Tenemos que hacer que él se dé cuenta de que nos importa, que lo queremos y que deseamos esté en nuestras vidas.

Pues si eso quieres, mamita, llevémoslo a vivir con nosotros, no lo dejemos aquí solito. Mis tíos casi nunca vienen a verlo, solo nosotros venimos, una o dos veces a la semana. El resto de los días se lo pasa solo, o con doña Nacha, cuando le toca venir a asearle la casa y dejarle comida hecha para tres o cuatro días... Pero, yo creo que ni ganas le dan luego, al día siguiente o a los dos días, de calentarla.

La madre nada dijo, se quedó pensando en cuánta razón tenía su hijito. Nueve años tenía Jaimito, y podía ver con claridad la mejor solución para verdaderamente ayudar al abuelo.

De tristeza, nadie se muere. La gente mayor se muere de abandono, de enfermedades graves o incurables, pero no de tristeza. La tristeza es el sentimiento provocado por una conciencia clara del abandono en que se vive, de entender que ser adulto mayor, mayor de setenta u ochenta años y con achaques o problemas de movilidad, es convertirse en un estorbo, una carga para cualquiera de la familia.

Cuando estamos jóvenes, o incluso en la medianía de la edad, por ahí de los cuarenta, nunca pensamos en un día tendremos los años de los abuelos, ni en qué tan sanos o con achaques, en el menor de los problemas, estaremos cuando tengamos setenta o más años. No, nunca lo pensamos con anticipación. Para nuestra desventaja y mala fortuna, pues no prevenimos un posible futuro infortunado.

La madre de Jaimito miró por vez primera con gran ternura, y no con tristeza, a su padre. Era imperativo sacarlo de ese estado en el que se hallaba. Contrató terapeutas, hizo que le dieran rehabilitación a sus músculos y buscó un médico nutricionista que le indicara cuál era la mejor dieta para su padre, considerando las enfermedades que padecía y los medicamentos que tomaba.

Y no se lo llevaría a vivir con ellos, por el contrario, ellos se mudarían con él. María era madre soltera y solo tenía a Jaimito, así que cambiarse de casa no sería un problema para ellos. El problema podrían ser los hermanos, si pensaban erróneamente que el interés de María fuera quedarse con la casa, una vez muerto el abuelo. Pero, ninguno dijo nada. Ninguno podía ni querer hacerse cargo de su padre en tal forma.

Jaimito tuvo el gran ejemplo de su madre. Ahora, casi veinte años después de que se mudaran a vivir con el abuelo, él, otra hora niño, dedicó su vida a atender a los adultos mayores y ayudar a las familias a ser empáticas con los viejos. Estudió medicina y se especializó en Geriatría. En su consultorio, sobre la pared de frente a la entrada y atrás de su escritorio y sillón, había un cuadro resaltando un par de frases: "De tristeza nadie se muere... de abandono y enfermedad, sí". Amemos y cuidemos a nuestros ancianos.

María estaba orgullosa de su hijo, y seguía cuidando con ayuda de especialistas a su padre, un viejecito de noventa años que venció la tristeza acompañado de su hija y su nieto; y hoy, lee cuentos -escritos por él mismo- a los internos en la casa de reposo del Dr. Jaime Zaldívar B., su nieto.



Bernard Le Bovier de Fontenelle

(Ruán, 1657 - París, 1757)
Escritor francés. Se dio a conocer con una serie de obras teatrales y con unos brillantes Diálogos de los muertos (1683). Sus Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos (1686) le revelaron como uno de los mejores divulgadores científicos de la época. La Bruyère satirizó su teoría del progreso en sus Caracteres. Ha sido considerado como un precursor de la Enciclopedia.

Hijo de un abogado y sobrino de Pierre Corneille por línea materna, Bernard Le Bovier de Fontenelle se educó en un colegio de jesuitas y cursó estudios de leyes. Apareció temprana y modestamente en el mundo de la poesía con versos ligeros publicados en Mercure Galant, y en el del teatro con una comedia y una tragedia poco logradas y algunos libretos de ópera más afortunados, escritos en colaboración con De Visé.

La querrela entre antiguos y modernos hizo popular a Fontenelle gracias a su tenaz defensa de los últimos. En la Digresión sobre los antiguos y los modernos (1688) afirmó la superioridad de sus contemporáneos sobre Homero, Platón y Demóstenes, y se puso de manifiesto la calidad aristocrática de su inteligencia de cartesiano puro, ateo, escéptico e irónicamente corrosivo, pero sin la violencia pasional ni la absoluta fe en la razón humana propias de Voltaire.

Bernard Le Bovier de Fontenelle creía sólo en la objetiva verdad científica; movido por una lógica intelectual, atacó en su Historia de los oráculos (1687) antiguos mitos y creencias, refutó en Diálogos de los muertos (1683) lugares comunes filosóficos, ideas convencionales y opiniones corrientes, y redujo los misterios del universo a la claridad de las cosas simples y comprobables en Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos (1686), en un estilo adecuado a su propio y límpido pensamiento. Como divulgador de las aportaciones de Copérnico y Descartes, contribuyó a la penetración de las nuevas ideas en el mundo intelectual de su época, desempeñando un papel análogo al que en el siglo siguiente tendría Voltaire como divulgador de Newton.

Durante mucho más de medio siglo, París pudo contemplar al agudo y sereno Le Bovier de Fontenelle en sus más célebres tertulias (estuvo singularmente vinculado a la marquesa de Lambert y a madame Geoffrin), escuchar su conversación sin igual y asimilar casi inconscientemente sus ideas, en las que los dogmas iban desapareciendo poco a poco; su espíritu rebelde se enardecía únicamente a la luz del pensamiento. A él se confió el elogio fúnebre de los académicos más célebres, que Fontenelle concretó cada vez en una pequeña obra maestra de soltura y penetración psicológica y de elegancia y proporción estilística.

En su última etapa consagró la mayor parte de su tiempo a la correspondencia con sabios extranjeros. Secretario de la Academia de Ciencias desde 1699, fue luego miembro de la Francesa, de la Académie des Inscriptions et des Belles Lettres, de la Sociedad Real londinense y de la Academia de Berlín. En todas partes, y con exquisita gracia, Le Bovier de Fontenelle procuró alejar lo medieval y barroco y ensalzar solamente al hombre conscientemente humano, inquieto, curioso e investigador, que todavía hoy, como en su época, es llamado "moderno".

ad pédem literae

Nada en la vida debe ser temido, solamente comprendido. Ahora es el momento de comprender más, para temer menos

Marie Curie

Letras de buen humor

Es prudente no fiarse por entero de quienes nos han engañado una vez

René Descartes

Mónica Lavín

Las piedras, un museo, un libro

A Bárbara Córcega

Gracias al libro Tiempo en piedra, de Korina Calderón Gastellum (publicado por el Instituto de Geología de la UNAM), al que me invitó a prologar y participar en la presentación, pude no sólo estar en el fantástico Museo de Geología de la Ciudad de México frente al parque de la Santa María la Ribera, sino conocer el proyecto del Geopedregal y toparme con lo inesperado. El Geopedregal es una zona recuperada del Pedregal de San Ángel por el equipo que dirige Pilar Ortega, donde después de 10 años de limpieza y de introducción de semillas de las plantas originales podemos disfrutar el ecosistema que surgió en el sur de la Ciudad de México años después de la erupción del Xitle. En términos ecológicos, la formación de suelos sobre la roca volcánica a través del tiempo para que surja la vida vegetal y animal se llama sucesión. Esa sucesión había sido perturbada por la actividad humana. Así como la doctora Ortega recuperó en un área adyacente al Instituto de Geología un mosaico del ecosistema original donde cada cinco años florece una orquídea endémica llamada Beltia urbana, Korina Calderón ha hurgado en las capas de la memoria de quienes han vivido en el Pedregal de San Ángel desde tiempos

de Barragán, ya sea en asentamientos populares o en construcciones que incluían ese paisaje rocoso como parte de sus jardines, para reconstruir un relato donde ficción y memoria se trenzan con muy buena fortuna.

En el hermoso recinto construido a finales del siglo XIX para albergar a la Sociedad Geológica de México, que en 1929 pasó a formar parte del Instituto de Geología de la UNAM, el libro se estrenó rodeado de las colecciones de rocas, aerolitos, y el esqueleto de mamut en la nave central. Visitar el edificio es un viaje en el tiempo donde las pinturas de las eras geológicas encargadas a José María Velasco flanquean el pasillo superior. En medio de la memoria de las piedras y la historia mineral que cada una cuenta, escenario ideal para un libro que celebra el diálogo entre la ciencia y el quehacer humano, la encargada de la investigación histórica y del acervo documental del recinto mencionó el nombre de un geólogo húngaro cuyos textos están ahí resguardados: Zoltan de Czerna. Mi corazón latió en medio de aquella sala de anaqueles metálicos, bajo un domo de luz tamizada donde se antoja sentarse a pasear por los mapas y registros de la historia geológica de nuestro país, porque cuando compartí con unas amigas



una casa en Coyoacán, nuestro vecino del piso inferior era un investigador de la UNAM de nombre Zoltan.

No sabíamos entonces que estábamos frente a quien dedicaría 50 años de su vida al estudio geológico en México, un geólogo pionero. Yo lo conocí antes del sismo del 85; ahora sé que hizo un estudio de la cuenca de México en donde decía que los reglamentos de construcción todavía no tomaban en cuenta algunas de las características a las que su estudio apuntaba. Pero yo no lo vi más, me hubiera gustado hablar de sus hallazgos y de qué era dejar Budapest y venirse a investigar los pliegues

de la Sierra Madre Oriental que dieron luz, información de las placas tectónicas subyacentes. Murió en 2014, dijo la historiadora. La memoria de la tierra y la memoria personal se conectaron en ese luminoso instante en que recordé la mañana después de una fiesta en que nuestro vecino nos dijo que le había gustado mucho oír la canción "La gloria eres tú", que seguramente habíamos puesto varias veces en el tocacintas. Las tres amigas nos miramos como si supiéramos que detrás de esa canción había una historia de amor recordado. De cuando en cuando la poníamos a todo volumen. Para él.